Historia
del Conde Fernan
Gonzalez y su
esposa la Condesa
Doña Sancha

JT
GSH

+. 1132952
c.

25

HISTORIA

VERDADERA

DEL CONDE

FERNAN GONZALEZ,

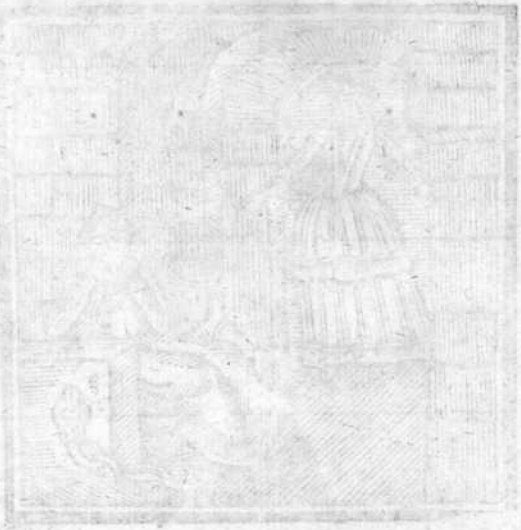
Y SU ESPOSA LA CONDESA

DOÑA SANCHA.

SACADA FIELMENTE DE LOS AUTORES MAS clásicos de la Historia de España, como el Arzobispo Don Rodrigo, el Padre Mariana, Illescas, Berganza y la Historia Gótica, con otros muchos Historiadores.

Su autor don Manuel José Martin.

VALLADOLID, IMPRENTA DE SANTAREN.



HISTORIA
VERDADERA
DEL CONDE
FERNAN GONZALEZ,
Y SU ESPOSA LA CONDESA
DOÑA SANCHA.

RESUMEN DE LA HISTORIA.

Origen y descendencia del Conde Fernan Gonzalez. Lozanías y esfuerzos de su juventud. Batalla famosa que venció á los Moros junto á Simancas. Novedades maravillosas que ocurrieron antes de dar la batalla. Sucesos singulares de ella. Exime el Conde á Castilla del vasallage á los reyes de Leon, y como. Batalla que dió y venció á los Navarros. Encuentrase en ella con el rey don Sancho Abarca, y peleando los dos, le mata. Viene el Conde de Tolosa á su defensa, y tambien le mata. Trátase casar con doña Sancha, yendose á casar le prende el rey don Garcia de Navarra. Sácale con esfuerzo varonil doña Sancha de la prision, y le lleva á Castilla. Suceso estraño que les aconteció en el camino. Encuentran los Condes á sus vasallos en el camino, que venian á Navarra á sacarle de la prision. Gozos y fiestas que hicieron en el casamiento. Vuelve el Conde otra vez á ser preso por el rey de Leon. Discurre astuta y prudente doña Sancha como libertarle de una traza aguda y chistosa, con que lo consigue. Varias y muchas batallas que venció contra los Moros. Vence á Abderraman, que venia contra él con ochenta mil Moros. Pronóstico que tuvo del cielo como habia de vencer. Caso que le sucedió estando cazando. Otro caso espantoso que aconteció antes de dar la batalla. Edifica el Monasterio de San Pedro de Arlanza de Monges Benitos. Muere santamente el Conde Fernan Ganzalez. Varias donaciones y fundaciones de este católico Príncipe y de su cristianísima esposa doña Sancha.

Habia por las cercanías y territorios de Burgos varios y grandes Condes, que cada uno en particular siendo dueño de sus tierras, las gobernaba como Señor de ellas. Llegaron ellos á tener entre sí algunas desazones; pero ya unidos todos, consideraron cuerdos ser mas provechoso y mejor mirado el convertirlas contra los estraños, que ácia los propios; y asi tuvieron varios encuentros contra los reyes de Leon y de Navarra. De estos reencuen-

tros se originó el desazonarse y cansarse ya del gobierno de los reyes de Leon, á quienes estaban subordinados: pues por los años de 850 se hicieron un género de Democracia ó gobierno Democrático, y para establecerle con acierto nombraron por jueces á dos de los mas sobresalientes en nobleza, prudencia y sabiduría, que fueron Nuño Rasura, y Lain Calvo. De Lain Calvo viene ó desciende aquel famoso y memorable Adalid el Cid Campeador, Rodrigo Diaz de Vivar, de quien ya dimos tambien su historia espurgada de mil embustes que en las antiguas ofuscaban la verdad de las prendas que adornaron á este insigne Héroe; mas de Nuño Rasura traen su origen esclarecido los Condes siguientes: Nuño Rasura, juez. Su hijo Gonzalo Nuñez, juez. Su hijo Fernan Gonzalez, Conde soberano. Su hijo Garci Fernandez, Conde soberano. Su hijo Sancho Garcia, Conde soberano. Su hijo Garcia, que fué muerto en Leon.

El docto historiador Berganza dice, que nuestro Fernan Gonzalez, por parte de su padre Gonzalo Nuñez procedió de don Diego Porcelos, abuelo que fué de éste y por parte de madre descendió de Munio Nuñez y de doña Argilo, Condes de Amaya, familia tan ilustre, que el rey don Alonso el tercero dispuso que su hijo don Garcia heredero del reino, se casase con señora de esta familia. Ignorase en que año nació nuestro Fernan Gonzalez; pero podemos inferir, dice este Historiador del casamiento de doña Sancha, que nació pocos años despues que fué poblada la ciudad de Burgos donde nació. Mas Prieto, en la segunda parte de la historia de Burgos, dice que fué parroquiano de la Iglesia de san Andres y de la de nuestra Señora de Vejarrua, Iglesias no lejos de donde tuvo su palacio, y ahora se conserva el arco triunfal que á su nombre levantó la ciudad de Burgos. Criabase con sus padres demostrando en su juventud grandes brios y arranques de lo que despues habia de ser; y asi hallándose jóven aconteció el echar mano de él los Burgaleses para aquella batalla de san Quirce contra los Moros. Tenianlos á la puerta de Burgos, y viendose afligidos por verse desprevenidos de armas, el jóven arrogante

juntó á sus amigos y otros que fueron en todos hasta seiscientos; y haciendo de capitan el brioso mancebo, acometió á los Moros con tal valor y buena disposicion que hizo en ellos un destrozo grandísimo en que quedaron los mas de ellos muertos y de los nuestros solo veinte y cinco.

Esta es la juventud y esta fué la rama ilustre del objeto de nuestro histórico asunto: y siendo ya razon que empecemos á dar relacion de las grandes hazañas de nuestro esclarecido Conde Fernan Gonzalez, comencemos por aquella gran batalla que ligado con el rey don Ramiro el segundo dió á los Moros cuando venian contra Simancas. Refiere el Historiador Sampiro como el rey de Córdoba Abderraman, se conjuró y vino contra la villa de Simancas en Castilla la Vieja muy próxima á la ilustre ciudad de Valladolid. No fué solo este bárbaro el que hizo tiro entonces á los cristianos porque vino asimismo ayudado de los Moros de Africa componiendo tan numeroso ejército que su arrogancia le escitaba y aseguraba aquella vez acabar con todos los católicos. Tan cuantioso era el número de la Morisma que traia el bárbaro Mahometano cincuenta mil de acaballo y ciento cincuenta mil de á pie todo con el soberbio y arrogante intento de dar fin á toda la cristiandad. Venia juntamente con él, ademas de los Moros de Africa, el rey de Zaragoza Abèn-Aya, con que se componia una multitud, que donde llegaba era terror y espanto á sus naturales.

Hallábase el rey don Ramiro el segundo, como hemos dicho, reinando en España, quien no se descuidó en prevenirse y reunir toda su gente, que no fué mucha en comparacion del formidable ejército que presentó el Moro, y verdaderamente que esto no se hace muy creible juzgandolo temeridad, que con ejército tan desigual emprendiese hacer frente al numeroso de la Morisma: y por eso dicen otros, como Luis de Pamplona, que iba con el Conde Fernan Gonzalez y el Obispo de Pamplona, asegura que todos los Principes Cristianos se unieron entonces con el fin de ayudar á don Ramiro y pelear contra el enemigo de la religion Católica; y esto es mas creible, mas con todo se asegura que fueron muy pocos los cristianos respeto de

los Moros.

Alcanzaron ya á verse los ejércitos y estando frente á frente para acometer, poco antes de envestirse se vieron varias señales tristes y funestas en el cielo; pues lo primero que se vió fué un grande eclipse de sol á las dos de la tarde el dia 19 de Julio. Fué este tan estraño y cerrado, que se mudó el dia en muy espesas tinieblas, y alcanzaron á divisarse muchas de las estrellas, indicio de la obscura noche que les esperaba á aquella perversa gente en tanta mortandad como alli se habia de ocasionar. De alli á poco que pasó el eclipse, y volvió la luz del sol, se dejó ver esta amarilla, apareciendo al mismo tiempo en el Cielo una avertura como ventana, y asimismo á la parte de mediodia se descubrieron cometas de extraordinaria magnitud.

Todos tímidos y espavoridos, asi cristianos como moros, temian estas funestas señales, sin acertar á qué atribuir tan horrendos espectáculos. Al fin, se dió la batalla, saliendo los nuestros animosos, y aunque pocos, al encuentro á tanta multitud de enemigos: fué muy sangrienta, y en conclusion, alcanzaron la victoria los católicos, muriendo hasta ochenta mil moros, segun afirman muchos Autores, y Sampiro lo espresa en su Historia. Tanta mortandad de Mahometanos se atribuyó á milagro, porque en algunas Historias antiguas de Castilla se halla, que dos Angeles en dos caballos blancos se dejaron ver pelear en la Vanguardia, y ayudaron á la victoria. Fué preso el Rey Aben-Aya de Zaragoza, y llevado á Leon; que alli murió en una cárcel: mas el Conde Fernan Gonzalez, que se señaló cual no otro en esta batalla, prendió al Alfaquí mayor de los Moros; y Abderraman, Rey de Córdova, se escapó huyendo, pero muy mal herido. Algunos quieren decir, que el Conde Fernan Gonzalez no se halló en la batalla aunque no dejó de hacer mucho en ella; porque estos afirman que cuando se dió la batalla, venia á ayudar al Rey; mas que encontrando ya de huida á los enemigos, los acometió, é hizo en ellos una grandísima mortandad, y entonces cogió preso al Alfaquí mayor de los Moros, que era como Obispo entre ellos, el cual vino en poder del Conde cuando se vol-

via á su casa.

Ya por estos tiempos se miraba el Conde y sus Castellanos nobles esentos de la subordinacion y vasallage á los Reyes de Leon, cuya esencion la consiguió de esta manera. Despues de las muchas disensiones que hubo sobre el Señorio de Leon y Asturias entre el Rey don Sancho el Gordo y don Ordoño su primo, habiendose el primero apoderado del reino, determinó convocar Córtes en Leon. Envió á llamar al Conde Fernan Gonzalez dandole los parabienes de sus muchas victorias que acababa él por sí de conseguir de los Moros. Tanta autoridad como esta tuvo el Conde de Castilla con sus Reyes de Leon, que aun para citarle á Córtes le enviaban Embajador, y como pidiendole por merced se hallase en ellas, lo que parece fué anuncio de que habia de ser Castilla la corona de los reyes y primacia de España.

Con esta novedad y embajada se halló muy confuso el Conde, en si obedecería, ó no al Rey, porque se recelaba y temia como prudente (que es prudencia tambien mirar los riesgos) de si aquellos cumplidos y corteses recados del Rey llevaban encubierta alguna otra intencion. Todos estos recelos eran bien mirados de parte del Conde; porque como habia sido de la faccion de don Ordoño cuando se apoderó del reino de Leon, que poseia don Sancho, por tener con aquel casada una hija, se sospechaba quisiese vengarse de él. Estos recelos le obligaron á disculparse: en lo uno hallaba riesgos y en lo otro falta de atenciones; mas despues de muchos discursos, quiso que la cortesía venciese al peligro y su ánimo al temor.

Acompañado, pues, de toda su Nobleza se partió para Leon el dia señalado. Salió el Rey á recibirle; é hicieronse las Córtes sin que hubiese en ellas cosa que desazonase: y concluidas, se detuvo el Conde algunos dias con el Rey muy agasajado y bien mirado de todos. Habia llevado Fernan Gonzalez á las Córtes un famoso caballo, hijo de Bethis, ganado en buena guerra del Rey Moro, y asimismo un azor de grande estima. Aficionóse el Rey del caballo y del azor, y aunque el Conde se lo presentaba bizarro, no quiso el Rey recibirlos menos que comprados. Pusoles el Conde un precio subidísimo, y pidióle

plazo el Rey para la paga, con tal condicion, que de no cumplirlo el dia señalado se fuese doblando el precio cada dia que pasase. Que fuesen veras ó burlas (que pudo llevar de todo) ello pasó de esta manera, segun todas las Crónicas: lo cierto es que no dice consonancia querersele presentar con ponerle despues tanto precio.

Corrieronle en este intervalo varios sucesos al Conde, y entre ellos el de caer en desgracia de la Reina doña Teresa, con el motivo de haber muerto Fernan Gonzalez á su padre el Rey don Sancho Abarca, de que ya hablaremos. Habia ya pasado mucho tiempo despues del plazo hecho sobre el caballo y el azor, y pasó el Conde á pedir al Rey que le pagase aquella deuda. Como la dilacion habia sido grande, multiplicó la cantidad á un precio subidísimo: con que hallandose el Rey imposibilitado, ni respondia á la demanda ni á la paga. De aqui tomó el Conde pretesto para honestar sus razones, haciendo armas contra el Rey para la cobranza; y asi entrandose por sus tierras se las empezó á talar.

Viendo el Rey don Sancho que el Conde le destruia sus pueblos, y su valor era grande, confuso y aturdido tuvo á bien de enviar á sus Embajadores para que ajustasen la deuda y la pagasen. Tomaron luego por obra la empresa, y puestos á la cuenta, vieron que todas las rentas de la Corona no eran suficientes á la satisfaccion. Con esta confianza se atrevió el Conde á pedir lo que tenia premeditado, porque veia que aun con todo el reino no podia pagarle. Arbitraban medios los Embajadores para el ajuste; mas por último se declaró el Conde Fernan Gonzalez, y vino á abrazarse por mas útil y honroso, que en recompensa del débito quedase libre Castilla, sin reconocer vasallage alguno á los reyes de Leon. Solo un Conde de Castilla, y un famoso héroe como Fernan Gonzalez pudo alcanzar tan ilustre y estraño blason: y esto es lo que debemos los Castellanos todos á este insigne hombre, gloria de Burgos, cabeza de Castilla.

Asi eximió nuestro heróico Castellano el vasallage á los Leoneses, y se libertó de concurrir siempre, y cuando era llamado del Rey de Leon á sus Córtes, pues en una de ellas

le aconteció uno de los fracasos mas funestos que se leen en las historias, que á no ser por su amada esposa doña Sancha hubiera perecido en él. El lance pide referir de ante mano algunas otras cosas que hacen muy al caso para el suceso presente y los demas.

Tenian los Navarros, cuyo rey era don Sancho Abarca, costumbre de hacer mal y daño en las tierras de Castilla. Viendo el Conde Fernan Gonzalez, que los desafueros pasaban adelante, les envió Emisarios, amonestándoles que se reportasen en sus sinrazones; mas ellos en vez de contenerse, pasaron á maltratarles de palabra con muchas amenazas. El Conde que no sufria insolencias juntó su gente; y haciendo con ella entrada rompió por las tierras del Navarro, talóselas, y le cogió grandes presas. Acudió el enemigo á la defensa: llegáronse á encontrar cerca de un lugar, llamado Golanda, dieron la batalla en que perecieron muchos de unos y otros, sin declararse la victoria por grande espacio. Finalmente, en lo mas recio de la pelea los Generales se desafiaron y empezaron á combatir entre sí. Encontráronse con las lanzas: los golpes fueron tan grandes que ambos cayeron en tierra, el Rey con una mortal herida y el Conde, aunque gravemente herido; pero sin peligro de la vida. Animáronse con esto los soldados de Castilla y con tal denuedo cargaron sobre los enemigos, que en breve quedó por ellos el campo. Sobrevino á la sazon el Conde de Tolosa con su gente en socorro de los Navarros. Recogió á los que huian y vueltos á la pelea, volviose á encender con sumo vigor la batalla. Sucedió lo mismo que antes porque los Condes se encontraron entre si y cayó muerto de un bote de lanza el de Tolosa, con que los Navarros quedaron de todo punto vencidos y puestos en huida. Los cuerpos del Rey y del Conde con licencia del vencedor fueron llevados á sus tierras y honradamente sepultados.

Dejó dos hijas el rey de Navarra don Sancho Abarca: la una llamada doña Teresa y la otra doña Sancha, aquella casó con el rey de Leon, y ésta con el Conde Fernan Gonzalez, viudo de doña Urraca, segun sienten algunos de quien tuvo á Urraca que casó con Ordoño III de Leon. Doña Teresa aborrecia por es-

tremo al Conde desde que éste mató á su padre, y le armó muchos lazos para quitarle la vida: los mas principales fueron dos, los cuales desató la noble y astuta doña Sancha, librándole de los grandes peligros que por ellos le amenazaban.

Fue el caso que doña Teresa reyna de Leon y ya viuda, tenia á la vista la muerte de su padre, muy presente el agravio y la afrenta. Era de animo cruel y vengativo que procuraba hallar modo con que despicar sus rabias. Parecióle buena ocasion haber quedado el Conde viudo de doña Urraca, su primera muger, para que con el color de ofrecerle á doña Sancha en casamiento, poder prenderle y mataba la Infanta doña Sancha en Navarra en poder del Rey su hermano don Garcia. Supo los conciertos, aunque no entendió la zalagarda que se urdia en ellos. Era entendida, y vió que la estaba bien el casamiento; pues fuera del rey no habia mayor señor que el Conde Fernan Gonzalez. Su fama, sus hazañas y sus hechos le hacian en aquella era el mas célebre del mundo. Lo galan de su persona y lo afable de su condicion, eran partes que arrastraban comunmente los afectos. El Conde tambien no se daba por menos interesado en casarse con doña Sancha, no solo por sus altas prendas sino por la dote de gracias con que la adornó naturaleza. En fin, los que habian de hacer el matrimonio se hallaban gustosos y prendados; pero los concertados miraban á diversos fines, pues todo el intento iba enderezado á la venganza. Estaba el casamiento á todos á cuento para olvidar rencores, para sosegar motines, para hacer amistades que ni el Conde sospechó el engaño ni nadie adivinó la maldad: mas quién prevendrá traiciones, y mas de personas grandes?

Hechos, pues, los asientos y ajustada la materia, se partió el Conde para Navarra á cumplir el trato en el lugar que dejaron aplazado para celebrar las bodas, y para hacerle la entrega de su esposa. Llevó acompañamiento lucido, pero todos sin armas, que era una de las condiciones por evitar alborotos; pues entre gente de diversas provincias, y mas tan opuestas, como Castellanos y Navarros, suelen suceder de ordinario. Este fue el color, pero

no fue este el fin segun lo que sucedió; porque apenas el Conde, bien ageno de sospechas, llegó al lugar señalado de las bodas, cuando en vez de hallar fiestas y saraos, halló estrépitos marciales: en vez de gustos, prisiones, y en vez de tálamos, una oscura cárcel, pues hizo prenderle el rey, faltando á la fé de la lealtad.

La Infanta doña Sancha, que como queda advertido, no tenia parte en la traicion, se vino á hallar como novia de comedia, que solo dura mientras se representa. Halló-se corrida y conoció que su boda no habia sido mas que una máscara con que encubrir el engaño. Como era avisada comenzó á discurrir en la materia, diciendo: cómo, que me echen á mi por capa para vengar pasiones? qué me ofrezcan por muger de quien intentan matar? qué hagan á mi hermosura cebo dulce para atraer al lazo á quien se me dió por dueño? qué venga yo á ser causa de que se venga el Conde á manos de sus contrarios y que pierda la vida en que tengo mi mitad? por quién me tendrán á mi los que supieren el caso? en qué opinion quedará doña Sancha de Navarra? si el Conde mató á mi padre, fue riñendo como honrado, no con traicion, y asi el despique búsquele mi hermano el rey lanza á lanza y cuerpo á cuerpo, no con falsedad y engaño y si acaso no se atreve menos que con estas trazas, no me meta á mi en la alevosía ni haga mi casamiento capa de su ruindad. El Conde es ya mi marido, que aun sin vernos, mediante las voluntades se han desposado las almas: y asi, mas obligacion vengo á tener al Conde que á mi hermano, aunque se atreviese un mundo entero es un marido antes; y pues me le dieron tal, procuraré defenderle á costa de mi vida.

Con estas y otras semejantes razones sentia doña Sancha á sus solas las burlas de su hermano, la prision del Conde y el crédito suyo, y procuraba modos para una grande hazaña. Era animosa, hallábase enamorada y veiase resuelta: qué no vencería? tal fue su maña, su astucia y tal su ánimo, que previniendo llaves, engañando guardas, y asegurando caminos, sacó al Conde de la cárcel. Dispusolo de tal manera, que astuta se fue á la prision donde tenian

cerrado y muy amarrado con cadenas al Conde; y sin que nadie la viese, sino los que iban para su resguardo, entró en la cárcel, quitó con maña los grillos al Conde, desatóle las cadenas, y cogiendo con él porque el lastimado Conde estaba oprimido y entumecido con las muchas y pesadas prisiones, se marchó sin compañía alguna á Castilla, dejando burlados los designios del Navarro y los de doña Teresa sus hermanos, que luego que lo supieron ardian en furor y rabia por la burla. Caminaban á toda prisa doña Sancha y el Conde: cansábase este mucho porque salia brumado de sus prisiones; pero como llevaba la prenda de su cariño no sentia el cansancio, sirviéndole de alivio para olvidar esta pena y cuantas habia padecido. En fin, por torcidas sendas, por caminos menos usados salieron de Navarra, pero antes de salir de estos estados les aconteció un caso que se vieron en sumo aprieto; pero la astucia de la Infanta desvaneció el peligro valerosa, que por ser digno de contarse se esplicará.

Cuando doña Sancha libró al Conde de la fortalecida cárcel de Castroviejo, que asi se llamaba la prision donde estuvo, saliéron á la media noche para que nadie los viese. El Conde tan lastimado, que apenas podia moverse: iban á pie y la Infanta como era varonil, no desmayó por eso; antes animando el brio, y mas como enamorada, le iba le iba llevando acuestas muchos ratos, siendo la primera Eneas que con un marido al hombro borró piedades de Aquiles. Qué mucho que el Troyano sáqué á su padre acuestas de entre las llamas, si hay Condesa de Castilla que saca al marido en hombros de entre riesgos? Cogióles, pues, el dia y considerando el peligro si alguno los hallaba, emboscáronse en un monte para desde alli escondidos procurar algun socorro.

Andaba cazando por el monte un Licenciado, y viniendo acaso por aquella parte donde descubrió caza mejor que la que con fatigas le arrastraba el deseo, acercóse á los consortes que agenos del fracaso estaban entretenidos con sus coloquios, repasando sus cuitas anteriores. Como conoció que era el Conde Fernan Gonzalez y la Infanta doña Sancha, conjeturando el suceso empezó á malearse y de-

sabrirse. Los amantes le rogaron con instancia no los descubriese, ofreciéndole para otro tiempo la paga de aquel favor; pero el Licenciado brindado de la ocasion de ver al Conde tan impedido y sin armas y á la Infanta tan hermosa, y que solo en su silencio estrivaban sus dos vidas, dejóse llevar de un pensamiento infame y díjoles altanero que menos que no disfrutase á la Infanta no dejaría de dar noticia y hacer que los prendiesen. Descarada condicion para un marido honrado! cruel atrevimiento para una matrona honesta! Bien parece señor Licenciado, dijo el Conde, que me mirais hollado de la fortuna y sugeto á vuestra cortesía, pues por tan infames medios quereis que compre la libertad: Idos en buena hora, y haced lo que os diese el gusto, que volver á la prision es el último mal que puede sucedernos, y será mas tolerable que permitir demasías.

La Infanta en cuyo ingenio afianzaba cosas grandes, considerando el peligro si los descubria, quiso valerse de una astucia como suya. Pusose pensativa un rato, y como que habia deliberado lo que estaba mas á cuento, le dijo al Conde que se retirase á un lado, por si podia mejor á solas vencer al Licenciado. Obedecióla bien satisfecho que iba seguro su honor. Entonces la Infanta tomóle las manos al Arcipreste, ademan muy ordinario de muger enternecida, que quiere hacer algun ruego: él abrasado mas al tacto de la nieve, quiso encadenarla al pecho con los brazos; pero la Infanta con varoniles brios le tuvo tan firme y valerosa las manos, que por mas fuerzas que hácia para desasirse de ella no pudo, por mas que peleó en desatarse, asiale con tanta fortaleza la esforzada Princesa, que nada le valieron sus esfuerzos, y llamando entonces á toda prisa al Conde, acudió este con prontitud, quien con el mismo cuchillo de monte que llevaba al Licenciado le quitó la vida; castigo merecido de su fea y abominable culpa. Esto hecho y dejando su cadáver bañado en sangre en el suelo, montaron en el caballo que trahia y á toda prisa se metieron en Castilla.

Luego que se vieron en las tierras de su Condado dieron muchas gracias al inmenso

Dios y á su sacratísima Madre, como tan católicos, de que les hubiese libertado de tantos peligros. Iban caminando ácia su gran Córte de Burgos y alcalzaron á ver una gran tropa de gente que ya llegaban no muy lejos de la raya de Navarra, resueltos á no volverse sin su dueño el Conde para Castilla. Luego que se encontraron, enternecidos del regocijo que tuvieron de ver ya á su deseado Conde sin peligro alguno, no cesaban de darle el parabien de su feliz dicha. Aumentóles con mas alborozo los placeres la vista de tan hermosa Señora, y luego que supieron del Conde la bizarría con que habia andado su ánimo valiente en tan apretados sucesos, se transmutaron en ternuras y llantos los placeres y alegrias. Llegaron, pues, á Burgos y de improviso celebraron las bodas, cuyas fiestas y regocijos dispusieron luego aquellos nobles vasallos de la manera que cualquiera puede considerar en tan especiales y tiernas circunstancias.

No tardó mucho el rey de Navarra en saber la novedad, y luego dispuso no aguardar á que el Conde se aparcibiera, sino que con la mayor presteza juntó su gente y quiso adelantarse fulminando amenazas en despique de la burla de su hermana. Con estos buenos aceros llegó á las fronteras de Castilla, donde ya el Conde no menos apercibido y mas animoso y esforzado del desaliento que le causaron las prisiones, salió á recibirle. Diéronse la batalla campo á campo, en que salió el Conde con la victoria y el rey don Garcia de Navarra quedó vencido y preso, que fue lo que sintió mas: nadie pretenda agraviar, que por los mismos filos permite muchas veces el cielo el desagravio y castigo. D. Garcia prendió al Conde yendo sobre el seguro de su fé, y á un bayben de la fortuna se vió prisionero del mismo que habia agraviado. Trece meses estuvo en la prision, y si no fuera por las lágrimas y ruegos de su hermana doña Sancha, pasára mas adelante. En fin, el Conde se dejó vencer y puso en libertad á su cuñado, que cada uno en las ocasiones hace como quien es y no hay victoria mayor que vencerse á sí mismo un ofendido. Don Garcia se partió á Navarra, y doña Sancha dió las gracias al Conde del

favor hecho á su hermano, que aunque no se lo debia en correspondencia, puede mucho el derecho de la sangre en los peligros.

La reina doña Teresa de Leon, pesarosa de lo mal que se le habia logrado su intencion, por no haberle sucedido como ella pensaba la zalagarda que armó al Conde en el casamiento de doña Sancha, su hermana, determinóse cruel á armarle nuevos lazos. Líbrenos Dios de una muger vengativa, y mas si es poderosa, porque hasta conseguir lo que desea moverá el infierno todo junto por alcanzarlo. Persuadió, pues, á su hijo el rey don Sancho de Leon, á que sacase la cara contra el Conde y que vengase la muerte de su abuelo con hacerle siquiera morir en una cárcel entre cadenas y grillos, que suele ser una muerte prolongada y mas penosa. Dióle traza que sin derramar sangre alguna ni costar ruidos, podia haberle á las manos facilmente, y esto era llamándole á las Córtes del reino, á que á la ley de vasallo estaba obligado á acudir siempre que le llamasen, porque entonces aún no se habian ajustado las cuentas del caballo y el azor; por cuya causa resultó la esencion del vallasage del condado de Castilla á los reinos de Leon.

Llamó, pues, al Conde á las nuevas Córtes: fue á ellas con poca voluntad que escarmentado de la traicion pasada lo juzgaba engaño todo. Como lo temió vino á suceder; pero estubo su gran fortuna en que su amada esposa doña Sancha con sus astucias nobles y generosas le libertó como antes del peligro; pues fue el lance aun mas mañoso y chistoso que el antecedente, de que no dudo tendrá el lector una grande complacencia y gusto en que se le refiera, pues fue de este modo:

Dispuso el Conde, en medio de sus celos, ir á las Córtes de Leon; iba con la comitiva que acostumbraba y al llegar á la Córte no le salió el Rey á recibir como solia; antes cuando fué á besarle la mano le habló muy malas y desabridas palabras: díjole muchos oprovios, dióle mucho en que sentir; que quien tiene mucha gana de reñir, en poca ropa halla bien en que cortar: ademas, que donde habia tanta materia para desazones, como la muerte de su abuelo don Sancho

Abarca, la prision de don Garcia su tio, y el haberse traido á Castilla á doña Sancha fueron para él los mayores crímenes.

En fin, le hizo poner en prision, y á buen recado, causando harta turbacion en los ánimos nobles, que su sangre no les permite sentir bien de acciones dobladas, falsas, traidoras y poco condecorosas. Solo la reina doña Teresa viendo cumplido su deseo, no podia contener su alegria. O infame rencor y venganza y á lo que arrastra una ira, que ha de borrar los generosos caracteres de la nobleza.

La Condesa doña Sancha supo luego lo que pasaba, tuvo el sentimiento que puede presumirse de una muger que sabe sentir y amar, que no todas las que aman lo saben sentir. Como era tan prudente, entendida y astuta no quiso reducir á tropelía sus sentimientos, ni hacer alardes de guerra que en vez de cura enconasen mas las llagas: valióse de un donaire chistoso para salir sin ruido de la empresa, como salió. Consideró prudente, que aunque sus vasallos eran muchos, y leales todos á fuer de Castellanos nobles, se hallaban sin cabeza: que las fuerzas del rey de Leon eran mayores, y que asi en tales casos era cordura usar antes de la maña que de la fuerza. Revolvió, pues, consigo muchas trazas, buscó todos los ardides, é inclinóse al mas sútil y menos peligroso, que fué asi.

Fingió querer ir en romería á Santiago de Galicia, porque la prision del Conde tuviese buen éxito y suceso: vistióse de Peregrina, quedandolo mas en la belleza; que á la que es hermosa hasta humildades de trage suelen parecer galas y áseos. Partióse pues de Burgos con la compañía decente á una Condesa de Castilla: y como el camino recto era por Leon, donde tenian preso al Conde, que era el norte de sus pasos, enderezó allá la proa, pidiendo el salvo conducto que era costumbre. El Rey cuando lo supo, admirado de la novedad, cuanto pagado de la fineza, salióla á recibir como á tan grán Señora y tia suya. Hospedóla en su Palacio, que no porque haya desazones entre deudos, se há de faltar á la cortesía, y mas con las mugeres. Tuvieron su conversacion algo prolongada, en que doña Sancha, como tan astu-

ta, se mostró antes pesarosa que agraviada: dábase por infeliz sin darse por quejosa: iba á rogar, y asi procuraba hacer la razon del poderoso, que andarle con réplicas fuera desazonarle y echar á perder el ruego. Pidióle al Rey su sobrino de sobremesa con muchas instancias, y lágrimas no pocas, la dejase visitar á su marido siquiera por consolarle en su prision, ó por hablarle á lo menos. La peticion era tan justa, el ruego tan honesto, que no halló escusa el Rey para negarlo. Dióla licencia para estarse con él toda aquella noche, que era lo que la Condesa deseaba, no para otro fin, que para el de lograr lo honrado de su intento.

No hay para que referir los júbilos y alegrías con que los caros consortes celebraron festiva aquella noche, y mas cuando supo el Conde lo que llevaba la Condesa tramado. Ea, hijo, le dijo doña Sancha, aqui no hay otro remedio que vestirte tu mis vestidos y yo los tuyos, y asi salir á la hora que yo te diré, que será al patio de Palacio, donde ya están dos valientes y esforzados vasallos nuestros con tres caballos, arrogantes, y marchar donde ya tengo prevenida gente valerosa, y bastante en una emboscada para que marchen contigo á Castilla, que yo en la prision me quedaré haciendo tus veces con tu trage y vestido; y mis mañas honradas sabrán lo que han de hacer para salir libre de ella.

Un poco antes que empezase á amanecer comenzó la Condesa á vestir al Conde con sus ropas: hallabase éste sin las prisiones de los grillos y cadenas, que para hacer el Rey el favor cumplido, mandó á los carceleros se las quitasen aquella noche. Mudados los dos de vestidos empezó á rayar, aunque poco, la luz; y entre aquellos crepúsculos en que no muy bien se conocen los sugetos, salió el Conde de la cárcel vestido de muger, y disimulando bien el que era ella, sin que guardas ni porteros hiciesen reparo alguno. Salia la Condesa á su lado, y al llegar á los porteros, como por falta de luz no podian conocer quien hablaba, la misma Condesa dijo en alta voz, que por no perder la jornada, y por libertarse de los calores se iba á aquella hora. Con esta industria engañó á los Ministros, y desde la puerta de la cárcel se volvió

ella á la prision, y el Conde se fué solo donde le habia señalado la Condesa, encontrando alli los dos vasallos con los tres caballos. Los Ministros como vieron que la Condesa, disfrazada en trage del Conde se fué derecha á su prision, ellos cerraron la puerta de la cárcel y se retiraron á su reposo. Con tal astucia el mas despierto Ministro se engañaría, y el mas avisado no diera en tal artificio; pues hasta entonces no se ha oido en las historias humanas ni divinas. Habiendo llegado el Conde al zaguan, ó patio que la Condesa le habia señalado, encontró un caballo con dos valientes caballeros muy bien apercibidos. Subió pronto en el suyo, y asimismo los dos á toda prisa con el secreto que les fué posible, caminaron al monte de Somoza, donde hallaron quinientos caballeros muy bien armados que habia dejado en zelada la Condesa. Quedaron admirados cuando vieron al Conde y supieron la traza con que habia escapado, porque la Condesa á nadie, como prudente, habia revelado su designio, por ser cuerda hasta en esto, que en casos semejantes aun al mas amigo no es seguro descubrir el corazon; porque cuántos quebrantaron la amistad por la golosina del interés? Cuántos por acomodarse vendieron á sus amigos? En casos árduos observar la sentencia de aquel Capitan valiente que decia, que si su camisa supiera lo que tenia dentro del pecho, la quemára. Finalmente, alborozados con el repentino placer, besaron la mano al Conde, y caminaron juntos á Castilla á prevenir armas y gentes para volver á Leon por la Condesa; no fué menester, porque sucedió mejor que se pensaba.

Venido el dia entraron á visitar al Conde algunos de aquellos que suelen comer á costa del preso, y se nombran camaradas, siendo un grado menos que corchetes. Entrarian, claro está, á darle el parabien de la buena noche. Llevaría cada uno prevenida su chanza, con que tener un rato de pasatiempo. El Alcaide llevaría quizá los grillos, ó á lo menos el martillo para volver á echarselos, que en aquella edad aun con las personas reales no se trataba de prision menos que con grillos y cadena. Como hallaron, pues, á otro Conde nuevo, mas muchacho y mas hermoso, que le representaba doña Sancha

con mil gracias se quedaron atónitos y pasmados sin saber que hablarle. La Condesa con lindo despego les quitó el pasmo y la turbacion diciendoles: que no se maravillasen de aquella mudanza, cuando en lugar del preso se quedaba ella alli por prenda, que le avisasen al Rey de la aprisionada que tenia en su cárcel, para que si en aquello habia habido culpa la decretase la pena.

Fueron con el recado al Rey, y al oir lo que pasaba se conmovió en enojo lo bastante, haciendo muchos sentimientos; pero como la razon sugeta á la ira, y el buen discurso atropella la pasion, amainados ya los primeros movimientos, fué el mismo Rey á la cárcel á visitar á la Condesa. Hízola cargos del engaño, quejandose mucho, y ella satisfizo con donaire, diciendo: Yo, Señor, á fuer de muger honrada, he hecho lo que debia, librando á mi marido de la prision; cosa, que si la mirais desapasionado, antes es digna de premio, que de castigo: mas si lo juzgais delito, en vuestro poder estoy, haced lo que mandareis, que á todo me hallareis dispuesta. Quedó el Rey gusto-ísimo de oir tales razones, dichas con tanta gracia, gallardía y valor, y asi deponiendo ya el enojo, la aplaudió el hecho, y la alabó la hazaña, atribuyendose á sí la culpa de haberse dejado engañar. Llevóla á palacio, donde la regaló mucho, y luego con muy lucido acompañamiento la mandó llevar al Conde, que en recompensa de esta urbanidad y cortesía, olvidó la venganza, como noble y cristiano, de su prision, y al mismo tiempo como bizarro y generoso repartió grandes joyas á todos los caballeros que vinieron acompañando á la Condesa.

Por último, concluyamos esta grande historia, que si hubiera de estenderme en las hazañas y sucesos de este famoso Conde don Fernan Gonzalez, se ocuparía un grande volumen en sus hechos y proezas; porque fueron diferentes las batallas que dió á los Moros; en que le acontecieron sucesos tales, que tienen mucho que referir y contar. Ganó con sus armas lugares y ciudades. Ayudó al rey don Ramiro en la gran batalla que ya hemos referido contra Abderraman, rey de Córdoba, en que hizo grandes proezas; y de esta batalla resultó, que habiendo el Moro quedado con grande o-

geriza con Fernan Gonzalez, le dió el por sí solo al bárbaro otra gran batalla, viniendo en su ayuda el rey don Ordoño III, hijo de don Ramiro, que ya era muerto. Fue esta gran batalla una de las mas insignes y maravillosas que tuvo el Conde entre las muchas que dió. Vino contra él el rey de Córdoba, Abderraman con ochenta mil Moros, y todos los mas quedaron trofeos destrozos del invicto capitan Fernan Gonzalez.

Pocos dias antes que el Conde hubiese de salir contra este rey á darle la insigne batalla, se fue á caza á unos montes cerca de la villa de Cobarrubias, que es del Arzobispado de Burgos, y estando en el mayor esfuerzo de la caza, le salió un Jabalí, que por allí hay bastantes: se aprestó el Conde á seguirle, apartándose de la gente que le acompañaba. El Jabalí echó á huir por unas grandes espesuras: subióse la fiera á un escabroso y escarpado monte, y se entró en una ermita que estaba cubierta de yedra, donde habitaba un santo ermitaño, llamado Pelayo, con otros compañeros que se egercitaban en asperezas, ayunos, oraciones y toda clase de penitencias. Siguióle hasta allí el Conde, trepando con gran trabajo aquellas breñas, y como el Jabalí se entró en la ermita, tambien el Conde se entró detras de él. Habia en ella un altar con la advocacion de san Pedro Apóstol; admirado de esto el Conde y arrodillado á la Imágen hizo allí oracion: despues echó la vista á varias partes de la referida ermita, persuadiéndose que allí habria quien la cuidase y habitase, y luego vió salir por una puertecita un venerable anciano, que era el ermitaño Pelayo, á cuyo respeto y veneracion el católico Conde hizo un grande y humilde acatamiento reconociéndole por varon de Dios. Saludóle como era debido y se puso luego con él á comunicar varias cosas, á las cuales satisfizo prontamente el santo ermitaño.

Quedó el Conde muy prendado de su santidad, y como que se resistia á separarse de su compañía, y asi determinó pasar con él toda aquella noche y con sus santos compañeros habiendo la mayor parte ocupándola en oracion y lágrimas. Por la mañana estando ya para partir el Conde, se retiró el santo ermita-

ño aparte con él y le dijo: ya sé en el conflicto en que te hallas y que es mucha la multitud de Moros que contra tí va viniendo: no temas, buen ánimo, que de tu parte está nuestro Dios, con cuyo amparo y patrocinio vencerás toda esa Morisma, enemigos de la verdadera Ley: fía en tan piadosísimo Señor que no te desamparará, porque nunca deja á los que le sirven y le aman. Dióle el venerable ermitaño noticia de todos los sucesos que le habian de acontecer en la batalla que iba á dar á Abderraman, y como que tambien le habia de vencer; y en señal de todo lo que le habia dicho le anunció como antes de la pelea veria un caso estraño, aunque espantoso.

Volvió á los suyos el Conde, que estaban con mucho cuidado, y les refirió lo que le habia pasado, á cuya noticia se alegraron y animaron mucho. Marcharon luego á ordenar las cosas de la guerra, y llegado el dia en que se encontraron los dos egércitos, estando ya para envestir un caballero de los suyos, llamado Pedro Gonzalez de la Fuente de Fitero, dió de espuelas al caballo y al punto se abrió la tierra y le tragó. Admirados y atemorizados sus soldados de tan estraordinario caso, el Conde les animó y les dijo como aquella era la señal del vencimiento que el ermitaño le habia dado. Con esto se dió señal de acometer y luego al punto se declaró la victoria por los Cristianos con grande pérdida y destrozo de los Moros; pues quedaron en el campo infinidad de cuerpos muertos y los demas huyeron muy mal heridos. Cogieron muchísimos despojos, y parte de ellos mandó el Conde que se diesen á sus santos ermitaños. Señalaronse muchos en esta victoria, Gonzalo Bustos y sus siete hijos, llamados comunmente infantes de Lara; de quienes ya hicimos historia aparte, que es muy estraña y divertida. Señalaronse tambien en esta batalla otros muchos caballeros que hicieron proezas maravillosas.

Con el tiempo, despues el Conde edificó un magnífico monasterio de Monges Benedictinos arrimado á la rivera del rio Arlanza, próximo á la ermita donde el Conde encontró á Pelayo y á sus compañeros con la advocacion de san Pedro, que hoy esiste con

grande observancia de la Regla del gran Padre y Patriarca san Benito, desde cuyo monasterio se muestra la peña donde está la referida ermita que aun se conserva.

El Conde Fernan Gonzalez hallándose brumado de los años y fatigado de las muchas batallas que dió á los Moros y cercano á su muerte, trató como tan buen cristiano que era, disponerse para dar la cuenta al supremo Juez; hizo su testamento y dejó por heredero de los estados de Castilla á su hijo Garci Fernandez. Once dias antes de morir envió á llamar al abad de san Pedro de Arlanza para confesarse con él, y en sus manos entregó su espíritu al Criador con señales de que como triunfó de los visibles enemigos de Jesucristo triunfó tambien de los invisibles. Los Anales Complutenses dicen que murió en el mes de Junio sin determinar año. Mas los Anales de Santiago y otras antiguas historias aseguran haber muerto el año de nuevecientos y setenta, en su palacio de Burgos con gran dolor de sus Castellanos que le amaban entrañablemente.

En su monasterio de Arlanza se mandó sepultar con su amada esposa la Condesa doña Sancha, donde le tienen los Monges en medio del crucero en un magnífico y maravilloso sepulcro, como á su patron y fundador. El rey D. Fernando el Sto. sacó de este sepulcro la espada del Conde al partir á la conquista de Sevilla, en cuya Ciudad quedó y se venera llevándola el asistente en la procesion el dia de san Clemente. Ademas de la fundacion del monasterio de san Pedro de Arlanza, hizo muchas donaciones cuantiosas el Conde á otros monasterios, especialmente á Sto. Domingo de Silos, y mucho mas á san Pedro el de Cardeña, todos del órden de san Benito. A éste dió muchas dotaciones y concedió infinitas regalías; pues casi se igualó á su gran bienhechor, el Cid Campeador D. Rodrigo Diaz de Vivar, de quien ya hicimos historia, cuyas buenas obras hay esperanzas esté hoy gozando y disfrutando con su amabilísima esposa doña Sancha en la gloria.

F I N.

Lista de las Historias que se hallarán, ademas de esta, en la misma Imprenta.

Don Pedro de Portugal.
La Doncella Teodor.
La Pasion de Cristo.
El falso profeta Mahoma.
Los siete Infantes de Lara.
Bernardo el Carpio.
Roberto el Diablo.
Flores y Blanca Flor.
Pierres y Magalona.
Oliveros de Castilla y Artus de Algarve.
Nuevo Navegador.
Clamades y Clarmonda, ó el Caballo de Madera.
Sansen.
Carlo Magno.
Napoleon Bonaparte.
La Hermosa Judith.

NOTA. *Se continuará haciendo otros títulos.*

Lista de las Historias que se hallarán, ademas de esta, en la misma Imprenta.

Don Pedro de Portugal.
La Doncella Teodór.
La Pasion de Cristo.
El falso profeta Mahoma.
Los siete Infantes de Lara.
Bernardo el Carpio.
Roberto el Diablo.
Flores y Blanca Flor.
Pierres y Magalona.
Oliveros de Castilla y Artus de Algarve.
Nuevo Navegador.
Clamades y Clarmonda, ó el Caballo de Madera.
Sanson.
Carlo Magno.
Napoleon Bonaparte.
La Hermosa Judith.

NOTA. *Se continuará haciendo otros títulos.*

Invent
187

a

3267 d